

Del foso de los leones al foso del ángel

*Marcelo Rezende*¹

Si el capítulo 2 del libro de Daniel despliega la profecía más conocida de las Escrituras, el capítulo 6 presenta la historia más conocida del libro, y una de las más famosas de toda la Biblia. Nuestra familiaridad con este episodio puede darnos la impresión de que todo se ha dicho, pero veremos que aquí hay un tesoro inagotable de la sabiduría de Dios para nuestra vida. Daniel 6 es la contracara de la experiencia de persecución y liberación registrada en el capítulo 4, en el que estuvieron involucrados Sadrac, Mesac y Abed-nego.

Fidelidad

Ni bien Darío había ascendido al trono de Babilonia, y ya había sido subyugado por el espíritu babilónico del deseo humano de ocupar el lugar de Dios. Contrariando la práctica común de aquellos tiempos, Daniel, que había sido ministro encargado de la administración del reino anterior, permaneció en la corte del reino medo-persa y fue uno de los tres principales supervisores de todos los gobernadores de las provincias del imperio. Además, contaba personalmente con la amistad y el respeto de Darío. Esta condición disfrutada por Daniel fue la chispa que encendió la animosidad de la envidia destructora de los demás oficiales del reino, que tramaron un plan tramposo, un decreto real por el que sólo Darío podía ser adorado, durante el período de un mes. Este decreto fue pensado en base a la práctica devocional de oración de Daniel, para hacer que transgrediera la ley de los medos y los persas, y de modo que su desobediencia y rebeldía fueran castigadas con la muerte en el foso de los leones. La fidelidad de Daniel a Dios lo puso en la ruta de colisión a este decreto.

En el relato del complot contra Daniel, vemos una vez más expuesta la esencia de la espiritualidad babilónica: el hombre busca la exaltación propia al constituirse en el centro de la adoración, y cuando el hombre se vuelve a sí mismo sustituyendo a Dios como el único Señor de la vida, la autoridad divina pasa a ser relativizada y cuestionada. La consecuencia inmediata del cambio de la fuente de la autoridad es el choque entre la Ley de Dios y la voluntad humana expresada en sus propias leyes, con-

¹ Actualmente es pastor del distrito de São Carlos, en la Asociación Paulista del Oeste. Hace veinte años que es pastor y ha servido a la iglesia en distintas funciones ministeriales. Posee una maestría en Teología Bíblica orientada a la teología paulina por la Universidad Adventista de San Pablo.

trarias a la voluntad divina. Las preguntas claves que surgen son: ¿Quién debe ser adorado? Y, en definitiva, ¿cuál autoridad debe ser obedecida?

Un artificio generalmente utilizado por los escritores para indicar su verdadera intención al escribir es la repetición de palabras clave en varios puntos importantes de un texto. En Daniel 6, por ejemplo, vemos la repetición de la palabra “ley” (*dat*) en diversas ocasiones, ya sea en referencia a la Ley de Dios, a las leyes de los medos y los persas que no podían ser abrogadas, determinando así un gran dilema: ante las dos leyes contrarias, y dos conceptos legales irrevocables opuestos, ¿cuál ley debe ser tenida en cuenta?

Daniel eligió la opción de la Ley de Dios. Esta elección puso en ruta de colisión con los poderes sociales establecidos. Debemos resaltar aquí el hecho de que, al orar tres veces al día, Daniel no manifestó una postura provocativa o desafiante, antes bien continuó siendo fiel a su esencia, practicando lo que le era habitual, y que siempre había correspondido a la verdad de su ser. La postura escogida por Daniel lo transformó en un tipo de Cristo y a un tipo del pueblo de Dios el cual, en todas las épocas, aguarda la vindicación divina por las persecuciones sufridas a causa de su fidelidad.

Vindicación

El relato del foso de los leones se transforma en una especie de “narración de la Pasión”, registrada en el Antiguo Testamento.²

Narración de la Pasión en Daniel	Narrativa de la Pasión en los evangelios
Las autoridades y sátrapas “conspiraron” contra Daniel (Daniel 6:6)	“Entonces los principales sacerdotes, los escribas, y los ancianos del pueblo se reunieron en el patio del sumo sacerdote llamado Caifás, y tuvieron consejo para prender con engaño a Jesús, y matarle” (Mateo 26:3, 4)
Los conspiradores no encontraron ninguna falta en Daniel (6:4)	Los principales sacerdotes y el Sanedrín en pleno buscaron algún testimonio en contra de Jesús para condenarlo a muerte y no pudieron (Marcos 14:55).
Daniel oraba y suplicaba a Dios tres veces al día, y aun así, fue condenado. Aparentemente, sus oraciones no fueron contestadas (6:10, 11).	“Entonces llegó Jesús con ellos a un lugar que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, entre tanto que voy allí y oro... Y dejándolos, se fue de nuevo, y oró por tercera vez, diciendo las mismas palabras” (Mateo 26:34, 44). “Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a

² Sidney Greidanus, *Preaching Christ From Daniel: Foundations for Expository Sermons*, p. 186, 187.

	causa de su temor reverente" (Hebreos 5:7).
Daniel fue condenado por una farsa (6:7).	"Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo: ¡Ha blasfemado! ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? He aquí, ahora mismo habéis oído su blasfemia" (Mateo 26:65).
Daniel fue declarado culpable de transgredir la ley de los medos y los persas (6:13)	"Los judíos le respondieron: Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios" (Juan 19:7).
Dario intentó, sin éxito, salvar a Daniel (6:14)	Pilato intentó, sin éxito, salvar a Jesús (Mateo 27:24)
Daniel "confió en su Dios" (6:23)	Jesús confió en su Padre (Mateo 26:39, 42; cf. 27:43; 1 Pedro 2:23)
Daniel descendió al "foso" (6:16), su sepultura.	El cuerpo de Jesús fue colocado en una tumba (Mateo 27:60)
El "sepulcro" de Daniel fue cerrado por una piedra con el sello del rey y sus nobles (6:17)	La tumba de Jesús fue cerrada con una gran piedra con un sello (Mateo 27:60, 66).
Temprano, a la mañana siguiente, el rey Darío encontró vivo a Daniel y fue sacado de su "tumba" (6:19, 23)	"Y muy de mañana, el primer día de la semana, vinieron al sepulcro, ya salido el sol. Mas él les dijo: No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar en donde le pusieron" (Marcos 16:2, 6).
Daniel afirmó su inocencia delante de Dios (6:22).	"Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos" (Hebreos 7:26).
Daniel prosperó después que Dios lo salvara de una muerte segura en el foso de los leones (6:28).	"Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra" (Mateo 28:18) "Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (Filipenses 2:9-11).

Daniel no solo es un tipo de Cristo en esta historia, sino que también representa a todos aquellos que fueron tratados injustamente y silenciados en la cueva del verda-

dero león, nuestro adversario (1 Pedro 5:8). Daniel tuvo que lidiar con el temor primordial de todos los hombres: la muerte. Este miedo esclaviza a la humanidad en los lazos de Satanás. Es el miedo a la muerte lo que nos lanza de manera desenfadada a la búsqueda del placer autodestructivos, buscando satisfacer las ansias de que la vida “valga la pena”. La inseguridad en cuanto al futuro, la falta de certezas con respecto a la felicidad, la insatisfacción constante que existe en el corazón humano, la frustración y la amargura de una vida desperdiciada, todo esto es el fruto de la muerte y de la conciencia de nuestra existencia finita.

La Biblia afirma que Jesús se hizo hombre “para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre” (Hebreos 2:14, 15). Por eso, aquellos que están habitados por el Espíritu Santo tienen la plena convicción de tener la vida eterna ahora mismo (1 Juan 5:13). ¡Podemos encarar todos los fosos que el enemigo coloque delante de nosotros, y aun así vivir libres del temor de la muerte en ese mismo momento, ya victoriosos y vindicados por Dios sobre la sepultura, por medio de la resurrección de Jesús, nuestro Señor!



Pr. Marcelo Rezende

Traducción: *Rolando Chuquimia*
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©